



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

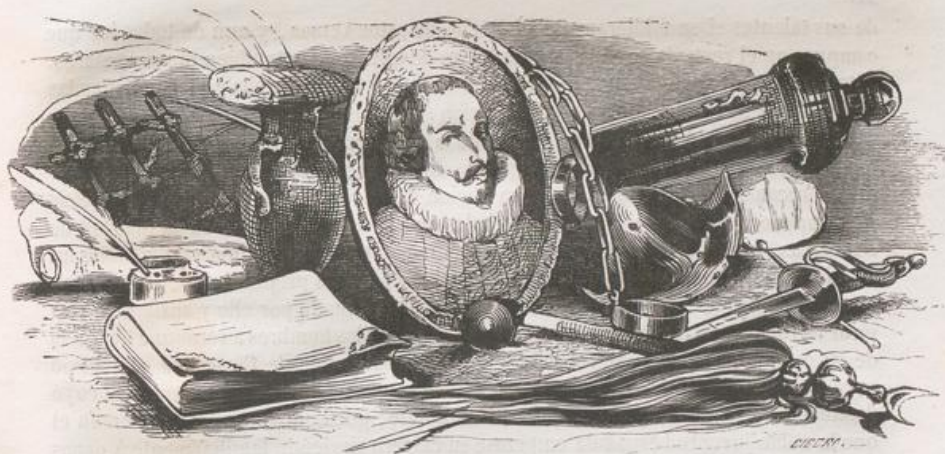
El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Vida De Cervantes.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



VIDA DE CERVANTES.



Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares, y fue bautizado en su parroquia de Santa Maria la Mayor el 6 de octubre de 1547. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes, hijo de Juan de Cervantes, corredor de Osuna, y doña Leonor de Cortinas, señora natural de Barajas. Sus padres le inclinaron desde niño á las letras con intencion de que siguiera en ellas alguna carrera útil. La teología ó la jurisprudencia le hubieran sin duda proporcionado una subsistencia segura, una vida menos agitada y miserable, y acaso la elevacion y las riquezas; pero embebido Cervantes con los encantos de la poesia, se dejó llevar tras ella, y siguió el impulso del juicio, cuyas voces imperiosas claman siempre mas alto que las de la indigencia.

Estudió las humanidades en Madrid con el erudito Juan de Hoyos, cuya habilidad era bien conocida para este género de enseñanza; y comisionado este por el ayuntamiento de Madrid para disponer las exequias que se hicieron en octubre de 1568 por la desgraciada Isabel de Valois, quiso que sus mejores discípulos se ejercitasen en las composiciones que se habian de colocar en la iglesia de las monjas llamadas las Descalzas Reales. En la relacion que hizo de dichas exequias, cita varias composiciones de Cervantes, escritas con aquel motivo, y le llama *mi caro y amado discípulo*. Alentado con la buena acogida que tuvieron sus primeros ensayos poéticos, compuso algunas otras obrillas fugitivas, entre ellas una especie de poemita pastoral, y varios sonetos, rimas y romances recordados en su *Viaje al Parnaso*. Pero haríase mal juicio

de sus talentos si se midieran por el mérito de estos versos, y aun de todos los que compuso en el resto de su vida, sin embargo de que los hizo tambien muy regulares. Este escritor tan ingenioso y tan rico, que en su prosa derramaba á manos llenas las flores mas bellas y elegantes, y cuya dición suspende por su armonia y su dulzura; en su poesia, encadenado con las trabas de la versificación, se arrastraba dificultosamente, y en nada acertaba. Huía la poesia de sus versos desgraciados, sin que pudiesen reconciliarla en ellos ni la ciega afición de Cervantes, ni su continuo ejercicio de componer. Semejante á aquellos árboles que frondosos y bellos en la libertad de sus selvas, trasladados al recinto de los jardines pierden su lozania y se marchitan.

No era extraño, pues, que el éxito de sus primeras producciones, todas compuestas en verso, mortificase su amor propio. Despechado por ello y ansioso de mejorar fortuna, salió de España y fué á Roma. Piensan los hombres á veces que huyendo de su destino escapan de su influencia: la espatriación de Cervantes solo sirvió para empeorar su condicion. Camarero primeramente del cardenal Acquaviva, cuyo destino, no era, como puede creerse, humillante, pues que entonces era comun el que la noble juventud española empezase su carrera sirviendo familiarmente á papas y cardenales, de lo que hay muchos ejemplos; y no conviniendo esta clase de vida con los altos pensamientos de nuestro escritor, sentó plaza en 1569 en las tropas españolas residentes en Italia. Asistió á la batalla mas asombrosa que han visto los siglos, la batalla de Lepanto, en que los cristianos triunfaron del poder otomano, y humillaron la soberbia de Selim II. Cervantes recibió en ella tres arcabuzazos, dos en el pecho, y uno en la mano izquierda, que estropeada por toda su vida fue testimonio perpétuo de su valor y de la ingratitude de su patria.

Esta desgracia fue seguida de otra mayor. El dia 26 de setiembre de 1575 su galera llamada *el Sol*, en la cual volvia á España en compañía de su hermano Rodrigo, que tambien era un soldado valiente, y de otros militares y caballeros, se encontró con una escuadra de galeotas, mandada por el célebre corsario Arnaute Mamí; y despues de un combate muy reñido quedó prisionera, y fue Cervantes llevado cautivo á Argel, tocando en suerte al arraez Dali Mamí, renegado griego.

Era este un bárbaro impenetrable á los gritos de la humanidad y de la clemencia. Despreciando Cervantes el temor que le inspiraba su carácter sanguinario, se dió á buscar los medios de sacudir la esclavitud intolerable á su alma generosa. Huyóse de la casa de su amo, y se escondió en una cueva que en un jardin á orillas del mar habia cavado un cautivo. Allí con otros compañeros estuvo aguardando ocasion de que se rescatase un mallorquin llamado Viana, el cual debia volver por ellos. Entre tanto el cautivo jardinero servia de atalaya, otro de vivandero, y Cervantes, alma de la empresa, los animaba, y cuidaba de todos. Viana se rescató y fiel á su promesa: de vuelta á su patria equipó una embarcacion y se arrimó á la costa de Argel en busca de sus amigos; mas quiso la desgracia que al tiempo de saltar en tierra le conociesen los moros, y viendo que alarmaban la costa se vió precisado á largarse al mar, y no volvió á parecer.

Los infelices soterrados que habian visto su llegada, y su desaparicion, alentados por Cervantes, que les aseguraba el retorno de Viana, se entregaban otra vez á la esperanza cuando fueron vendidos por el que les servia de vivandero. Este pérfido descubrió al rey Azan el secreto de la cueva, y tuvo osadia para ponerse al frente de los soldados que fueron á reconocerla. Cervantes sin desconcertarse por golpe tan inesperado, luego que le presentaron al rey se ofreció solo al castigo para salvar á sus compañeros. Mamí le reclamó, y con admiracion de todo Argel no le impuso pena alguna; menos irritado de su fuga, que lleno de respeto por la elevacion de su carácter.

Con efecto Cervantes entre los cautivos y bárbaros del Africa era un sér tan extraordinario como lo fue despues entre los ingenios de su nacion. Sin desmayar por

el mal éxito de su primer proyecto, concertó sucesivamente otros que tambien se desgraciaron; y como si su energía se acrecentase con el infortunio, trató últimamente de alborotar los esclavos, darles libertad á todos, y alzarse con Argel. Cuando la noticia de este pensamiento atrevido llegó á oídos de Azan, se estremeció de su peligro, y no se contempló seguro sino custodiando él mismo al esclavo que tanto afán le causaba. Compró pues á Cervantes de su primer amo, y solia decir, que teniendo asegurado al estropeado español, estaban seguros sus cautivos, su reino y sus bajeles.

La libertad de Cervantes no se verificó hasta el año de 1580, en que fue rescatado por los frailes mercenarios. Estos, sobre trescientos ducados aprontados al mismo fin por doña Leonor de Cortinas, completaron la suma de quinientos escudos que exigia el moro por su cautivo. Así pudo volver á España á principios del año siguiente, y restituirse al seno de una familia empobrecida con el esfuerzo que habia hecho para hacerle libre, y con pocas esperanzas de verle adelantar.

Vuelto á su patria, se incorporó de nuevo Cervantes á su antiguo tercio, y se portó en otras varias acciones como soldado muy valeroso. Residió algun tiempo en Lisboa, y tuvo de sus amores con una dama portuguesa, una hija natural que se llamó doña Isabel de Saavedra, la cual vivió siempre en compañía de su padre, aun despues de haberse este casado. Desengañado de las ningunas ventajas que podria conseguir en la carrera militar, volvió á abandonarse á las musas, y empezó á cultivar el maravilloso talento que tenia para las obras de invencion. La primera que dió á luz fue la GALATEA, novela pastoral, impresa en Madrid el año de 1584, en la cual pintó sus amores, obsequió á su dama, y se grangeó un nombre en el mundo literario.

Eran entonces del gusto popular las pastorales, que la DIANA de Montemayor habia hecho de moda. Esta obra ademas de tener para sus contemporáneos el interes de la verdad rebozada con la máscara pastoril, presentaba tambien el mérito de una invencion agradable, escrita con buena prosa y adornada con algunos versos felices. Sus defectos son muchos: Cervantes en el famoso escrutinio notó algunos y omitió otros; pero el episodio del moro Abindarraez podia cubrir buen número de faltas. Gil Polo, uno de sus continuadores, fue quien mas se acercó á su reputacion. Sin embargo de ser su invencion mas pobre, y mas natural su estilo, la DIANA ENAMORADA, compuesta por un poeta mas hábil, salió adornada de mejores versos, y esto bastó para que se la tuviese por igual ó superior á su modelo: con efecto ni en Montemayor ni en ningun poeta de entonces se podia encontrar un idilio tan bello como la CANCION DE NEREA.

La pastoral de Cervantes, escrita con mas fuerza de imaginacion y con mas belleza de estilo que las otros dos, sin embargo de que fuese recibida con bastante aplauso, no pudo llegar á su celebridad.

Poco despues de publicada la Galatea se casó Cervantes con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de una ilustre familia de Esquivias, y este nuevo estado acabó de estrechar su desdichada condicion. La necesidad le obligó á hacer comedias.

El hambre es un incentivo nada seguro para la composicion de obras ingeniosas. Convertidas entonces en viles mercancías las producciones de las bellas artes, se trabajan á destajo y se venden con menosprecio. El artista en vez de escuchar las leyes del buen gusto, y seguir los impulsos de su genio, atiende solamente al capricho de los compradores, que ordinariamente está en contradiccion con los verdaderos principios: estos se olvidan, la belleza se corrompe, y el espíritu envilecido solo produce mónstruos.

Tal fue la causa de tantos delirios, que con nombre de comedias inundaron nuestro teatro en los dos siglos anteriores. Es bien notoria la mala gracia con que Lope

de Vega se defendía, reconvenido de todos los buenos críticos por sus desatinos dramáticos; y es bien notorio también que ya antes de Lope, Juan de la Cueva y otros poetas ignorantes habían abierto el mal camino. Cervantes, cuya musa surtió al teatro por el mismo tiempo, tuvo que abandonarse al desorden con más disculpa que Lope, el cual lleno de aplausos, de protecciones y de conveniencias debió dar la ley á su siglo, si es que sabía.

Las ocho comedias de Cervantes publicadas por él en setiembre de 1615 no merecen conocerse; pero es digna de todo elogio la moderación con que habla de ellas. Si recordamos por otra parte el juicio con que anunció en el Quijote las buenas leyes de la composición, y la crítica firme y atrevida que hace allí mismo de los dramas de su tiempo (1); honraremos sus principios y su gusto, aun cuando desestimemos su talento en esta parte. Además de las ocho comedias compuso Cervantes ocho entremeses, entre los cuales los hay muy chistosos, como el de los *Habladores*, que no se publicó hasta el 1624, en Sevilla, y que por esta circunstancia han creído algunos no era de Cervantes.

Abandonó este el teatro cuando Lope de Vega le ocupó. Desde entonces hasta la publicación de la primera parte del don Quijote no salió de su pluma obra ninguna de importancia. El cuidado de subsistir le aquejaba probablemente demasiado para poder cultivar las musas. En todo este tiempo, errante y vagando por varias partes de España, buscaba y no hallaba una colocación que sus talentos, sus virtudes y sus servicios tenían tan merecida. Su suerte desgraciada le lleva arrastrando de Madrid á Sevilla, de Sevilla á la Mancha; y para echar el sello al infortunio, los vecinos de Argamasilla le maltratan y le prenden, sin que se sepan hasta ahora los motivos de esta violencia.

Pero ¿qué son las cadenas para un hombre de espíritu? Aunque oprimido con ellas conserva siempre su energía, y se ríe de sus horrores. Sócrates filosofaba en su prisión tan libremente como en la plaza de Atenas: Torcuato Taso en situación semejante no lamentaba la pérdida de su libertad, sino la del arbitrio de escribir, que sus duros opresores le negaban. Cervantes encarcelado por los manchegos dió á su imaginación todo el vuelo de que era capaz, y compuso el *don Quijote*. Así, el libro más ingenioso y festivo que ha producido el espíritu humano, se hizo en una cárcel, donde, según las expresiones del autor, toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitación.

Contemplan á Cervantes la Filosofía y la Elocuencia, cuando errante y miserable le olvidaban los grandes y le despreciaban los poetas porque no acertaba á hacer los versos que ellos; tendiendo entonces sus miradas sobre su siglo, y viendo con indignación entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educación, corrompía las ideas de la moral, estragaba las costumbres, y usurpaba con las invenciones más monstruosas la atención debida solo á la belleza. Inundaban los libros caballerescos á España, y sus despropósitos eran la admiración de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos, y tal vez distracción indigna de los discretos. Yo acabaré con esta peste, dijo entre sí Cervantes; y su imaginación grande y festiva le presentó el héroe que había de estirpar á tantos insufribles paladines.

No eran bastantes ya contra ellos ni una invectiva seca, ni un juicio aislado, como los que se habían hecho hasta entonces; débiles reparos para un contagio tan grande, y que incorporados la mayor parte en obras que el pueblo no leía, de nada servían al pueblo. ¿Qué aprovecha que un crítico escriba para otros críticos lo que ellos

(1) Es verdad que también elogia desmedidamente las malas tragedias de Argensola; mas tal vez este juicio es hijo de la amistad que Cervantes profesaba á aquel escritor, y no un yerro de su discernimiento. Esto podrá servir de disculpa asimismo para los artículos poco acertados de su escrutinio: señaladamente la comparación entre las dos Dianas, y las alabanzas con que habla de las *Lágrimas de Angélica*, poema á todas luces impertinente.

acaso se pensarán sin él? Por esto las declamaciones de Luis Vives, Alejo Vanegas y otros contra los libros caballescicos eran supérfluas, cuando el vulgo embebido en ellos ni las leía ni podía entender. Es preciso pues para desarraigar un vicio general, que tambien lo sea el remedio.

Y aun se necesitaba mas entónces. Puesto que las gentes se complacian tanto en la lectura que se intentaba destruir, el fin no se alcanzaba si no se sustituia otra que fuese igualmente grata, y si no se suplía la pérdida de tantos libros con uno que venciese á los demas en novedad y en placer: que rico con todos los adornos de la imaginacion se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invencion y la filosofia acordés suspendiesen y agradasen á toda clase de personas en todos los estados de la vida (1).

Tal fue el don Quijote, que la posteridad contempla atónita sin atreverse á decidir cual sea mas admirable, si la fuerza de la fantasia que le inventó, el gusto con que se ejecutó, ó la diction con que se expresó. Cuando en la conversacion llega á mentarse este libro, todos á porfia se extienden en su elogio, y el raudal de las alabanzas jamas se disminuye, como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la novedad y felicidad del pensamiento, el otro la verdad y belleza de los caracteres y costumbres, este la variedad de los episodios, aquel la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes: quien admira mas el infinito artificio y gracia de los diálogos, quien la inestimable hermosura del estilo y pureza de su lenguaje.

Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un hombre solo, y derramadas con profusion en un libro: ¿y en qué tiempo? en el siglo xvi: siglo de erudicion y de disputas mas que de gusto y saber, demasiadamente ponderado, casi perdido para la razon, y en donde generalmente la literatura solo puede contar dos ó tres libros que hayan osado arrostrar la superioridad de las dos edades siguientes (2). Así, cuando se compara el Quijote con el tiempo en que se dió á luz, y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento, y Cervantes un coloso.

No es este lugar de analizar las bellezas del Quijote, y de examinar como el escritor supo hacer de su héroe el mas ridículo y al mismo tiempo el mas discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; como en Sancho aplicó todas las gradaciones de la simplicidad; que de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles sin ofender á la unidad de caracteres; como supo enlazar á su fábula los lances que parecian mas lejanos de ella, y hacerlos servir todos para realzar las locuras del personaje principal; de donde aprendió á variar las situaciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo sin dementirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamas. Todo esto pertenece al genio, que se lo encuentra por sí solo sin estudio, sin reglas y sin modelos.

Cuando se ha comparado el Quijote con la Iliada no se advirtió que la comparacion era inaplicable entre dos obras tan diferentes; y la analogia se llevó tan léjos que se buscaron en el poeta griego pasajes, á los cuales, segun se decia, habia procurado imitar Cervantes. Seria por cierto bien extraño que la lectura de Homero hubiera producido el Quijote. Pero si con nombrar al príncipe de la poesia se quisiese decir, que para escribir este libro se necesitaba tanta fuerza de espíritu como para componer la Iliada; de acuerdo entónces sobre ello añadiríamos que esa es una re-

(1)

Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

(Cervantes, Viaje al Parnaso.)

(2) Entre ellos debe absolutamente contarse la *Jerusalem* de Torquato Taso, que será siempre uno de los monumentos mas admirables del ingenio humano.

APÉNDICE.

lacion que tiene Cervantes no solo con Homero sino con Sófocles, Virgilio, Taso, Corneille, Racine, y con todos los grandes escritores.

Un hombre á cuyo talento debe la poesia trágica la elevacion á que subió en el siglo pasado y que manejó casi todos los géneros de la literatura con una penetracion y una facilidad que harán época en el mundo; tratando en sus MISCELANEAS de que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse, y que las obras que mas admiramos son imitaciones de otras mas antiguas, dice que el tipo de don Quijote fue el ORLANDO de Ariosto. Es preciso sin duda respetar y aun admirar á este escritor como uno de los mayores pintores que ha tenido la poesia. Pero ¿cual es la relacion que puede haber entre dos locos de mania tan diferente? ¿entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? ¿entre un libro de caballerias y una sátira de semejantes libros? ¿entre la libertad que se permite el Italiano, y el artificio y sabiduria con que camina el Español?

Y aun cuando se concediese que la manera del uno es muy semejante á la del otro en varios lances de su fábula, ¿cuantos otros requisitos acompañan al Quijote que no pudieron tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuosa que tantas veces se encuentra en el libro de Cervantes? ¿Pudo este aprender en él la elegancia de una diction siempre armoniosa y pura, que al nivel del objeto que pinta es natural, fluida é ingeniosa en las narraciones, humilde y sencilla con decoro en las simplicidades, expresiva en razonamientos, soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones? ¿Quién en fin le enseñó el arte encantador y difícil de los diálogos, en que Cervantes no reconoce rival alguno sino al ilustre Richardson?

No: el Quijote no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores (1): es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio; es un poema divino á cuya ejecucion presidieron las Gracias y las Musas. Su publicacion fue un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballeria y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan vergonzosamente acogidos, desapareció de tal modo que ya solo en el Quijote dura la memoria de que fueron. ¡Triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra, y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervantes!

La vida de las sátiras es muy corta: si son vagas no interesan, y si determinadas caen luego que mueren las circunstancias por que se escribieron. Estaba reservado para Cervantes el privilegio de que sepultadas ya la caballeria y costumbres ridiculizadas por él, su Quijote viviese y se ilustrase mas cada dia. Pero ¿quién ha tenido el don de interesar en tan alto grado como él? Por esto le llamaba inimitable el autor de la HELOISA, y le prefería á todos los escritores de imaginacion: por esto todas las naciones cultas han traducido su libro: por esto las prensas no se cansan de imprimirle ni los ojos de leerle. Los nombres de don Quijote y Sancho son oidos en los ángulos mas remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasia de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes mas ilustres de la fábula y de la historia.

Hay hombres sin embargo que no gustan de este libro, cuya lectura tachan de insípida y de frívola. Mostrarles á estos las bellezas del Quijote seria tiempo perdido. ¡Insípida su lectura, cuando sus gracias inimitables, y el placer que derrama la han hecho universal! ¡Frívolo un libro que corrigió á su siglo, y que sin él, tal vez los que tan desdeñosamente le juzgan perderian el tiempo todavia leyendo á Amadis de Gaula! Que señalen pues uno donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de invencion, sea tan completo y suba á un grado tan alto. Mas deje-

(1) Cándido, Scriblero, Jerundio y otros libros escritos á la manera del Quijote prueban mas que nada la primacia de Cervantes. Son copias muy endebles de un original admirable.

mos á estos hombres y su extravagante censura : sus labios jamas se abrieron á la risa, ni su corazon á las gracias.

El señor Bermudez de Castro, en una composicion titulada : *LOS DOS ARTISTAS*, se expresa así hablando de esta obra de Cervantes : «Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, raras, aéreas, fragantes como las flores de un jardin. Mil extravagancias mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las mas filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razon sana, y con los amores imaginarios y ridiculos, y con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes ó tiernos, desgraciados ó felices, con lágrimas y suspiros dulces, ó con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas ó elegias. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas... con mil caracteres que cambian como los dias. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verde. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusion de chistes y extravagancias, capaces de hacer reir á un sepulcro (1).»

Cuando se publicó en 1605 la primera parte del Quijote no pudo ser entendida de improviso la sátira finisima que en ella reinaba, y tuvo el autor que hacer una critica aparente de su obra para que fuese buscada y comprendida. A favor del *Buscapie* (2) se extendió don Quijote, y en poco tiempo se hizo universal su lectura. Esta celebridad hizo levantarse á la envidia, que sacudió su veneno sobre los poetas confundidos con la superioridad de Cervantes. El, desgraciado y oscuro, manteniéndose acaso de la compasion ajena, no tenia otra riqueza ni otro bien que la gloria de su libro : los poetas alterados se conjuraron á arrebatársela. Y en una composicion bárbara el impertinente Villegas se atrevió á zaherirle de mal poeta, y á llamarle *Quijotista*, con pretexto de defender al versificador Arjensola, á quien Cervantes no habia hecho mas agravio que el de estimarle en demasia (3). Otro poeta aun mas oscuro que Villegas, afectando la defensa de Lope, tuvo osadia para remedar á Cervantes, y hacer la continuacion de una obra, cuyo mérito estaba muy léjos de comprender.

(1) Byron dice que ante el placer de leer el Quijote en el original desaparecen todos los demas placeres.
Whether they rode, or walk'd or studied spanish,
To read don Quijote in the original

A pleasure before wich all others vanish. — M. DEL ROMERO.

(2) Esta obrita, que se imprimió anónima, y es sumamente rara, dice Pellicer en su vida de Cervantes, hizo una aparente y graciosa critica de *El Quixote*, insinuando que era una sátira fina y paliada de varias personas muy conocidas y principales; pero sin descubrir ni manifestar, aun por los mas leves indicios, ninguna de ellas. Critica fue esta discretísimamente manejada, con la cual dió tanto crédito y reputacion al Quijote, y picó la curiosidad del público de modo, que todos le buscaban y leían á porfia, creyendo descubrir claramente en su lectura los objetos de la sátira que insinuaba el *Buscapie*. Don Vicente de los Rios supone que viendo Cervantes que su obra era leída por los que no la entendian, y no de los que podian entenderla, publicó una obrecilla con el titulo de *Buscapie*.

Sin embargo, la existencia de esta habia llegado á ser problematica en la opinion de los eruditos, porque ninguno decia haber visto ni una copia aunque llegó á imprimirse en esta corte en un tomito en 12.º del grueso de unos seis pliegos, segun se menciona en las notas á la vida de Cervantes del ya citado Pellicer, que copia una carta de don Antonio Ruidiaz, quien afirma haberla visto en casa de un conde de Saceda. Apenas ha habido comentador de *El Quixote* que no haya hablado del *Buscapie*, creyendo unos que en efecto se ha escrito, apoyados en la tradicion que ha llegado hasta nuestros dias, y negándolo otros con razones de mas ó menos fuerza. Pero cuando nadie esperaba el hallazgo del tal documento, un señor gaditano, don Alfonso de Castro, anuncia al público que ha encontrado en Cadiz el *Buscapie*, y que va á publicarlo con prólogo y notas. Como no lo haya verificado en el momento que trazamos estas líneas, no podemos dar aqui una ligera idea de él, ni indicar cual sea la opinion que se forme sobre su autenticidad despues de haberlo leído. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3)

Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.

Estos versos ridiculos, que suponen la mas perfecta ignorancia, son bien conocidos. Algunos los disculpan con decir que Villegas era entonces muy mozo, como si la juventud fuera excusa bastante de un desatino. ¿Y como se disculparan los vicios de una composicion que empieza por elegia y acaba por sátira; que trata de poetica y se dirige á un mozo de mulas?

¡Ignorante! ¡atreverse á escribir un Quijote, y á decir que lo hacia para mejorarle, y porque su primer autor no tenia talento para proseguirle! ¿No sabia él que la crítica mas árdua es la del ejemplo, y que su desempeño está solo al alcance de un hombre superior?

Tachaba de humilde el estilo de Cervantes, y el infame se burlaba de él porque era viejo, manco y pobre: como si Lope, Villegas, los Arjensolas, y todos los poetas de entonces juntos pudiesen contrapesar el mérito literario de un solo capítulo del Quijote; y como si la pobreza y manquedad de Cervantes, cubriendo de oprobio á su siglo, no dieran lustre á la veneracion que se le debe! Pero estos insultos, que no merecen la atencion de la posteridad, solo se conservan por el hombre ilustre contra quien se asestaron. Ellos prueban por otra parte la verdad del dicho de Pope, «que un mal escritor es comúnmente hombre malo.»

¡Qué dignidad al contrario y qué decoro en la defensa de Cervantes! Para confundir y reducir á polvo á su adversario no tuvo mas que presentarse y publicar la SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE, superior todavia en correccion y en gusto á la primera. Contentóse con burlarse en algunas partes de ella de la poca gracia de su antagonista, y con advertirle festivamente que el hacer un libro costaba mas trabajo de lo que se pensaba. Si todos los autores se defendieran del modo que Cervantes, las guerras literarias serian menos escandalosas, y la caterva de detractores insolentes no se atreveria á ladrar tanto (1).

En el tiempo que medió entre la publicacion de las dos partes del Quijote dió á luz Cervantes (agosto de 1613) SUS NOVELAS EJEMPLARES, y SU VIAJE AL PARNASO. Aquellas fueron muy bien recibidas del público, ansioso entonces de libros de entretenimiento; pero ahora solo se estiman ya tres ó cuatro, entre quienes llevan justamente la preferencia la de RINCONETE, y el DIÁLOGO DE LOS PERROS. En ellas respira el autor de don Quijote; en las otras se le busca y no se le encuentra. Su diction ciertamente es elegante y pura, y la invencion de algunas bastante feliz: pero el alma de semejantes composiciones son los caracteres, las costumbres, los afectos: y precisamente Cervantes manejó endeblemente todas estas cosas en las mas de sus novelas.

El Viaje al Parnaso es composicion muy diferente. El autor quiso en ella hacerse justicia, ya que su siglo no se la hacia; y suponiendo al Parnaso asaltado de los malos poetas, fingió que Mercurio venia á España á solicitar el socorro de los buenos, y que le tomaba á él mismo por guia para elegirlos. Cervantes, como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la espedicion. Bien se deja ver cuanto prestaba para la sátira y el elogio esta invencion ingeniosa, que ya se ha hecho demasiado común. Pero la obra escrita por su mal en verso se resiente en todas partes de la inca-

(1) «Una aventura asaz novelesca y harto trágica, dice el señor Eugenio de Ochoa en su edicion de El Quijote, llevó por entonces de nuevo á Cervantes á una cárcel, pero por pocos dias. Ocurrió que en la noche del 27 de junio (1603) á la orilla del Esgueva (Valladolid) y junto á su puente de madera, se dieron de cuchillados dos hombres, uno de los cuales, malamente herido, fué á refugiarse en una casa inmediata. Vivía Cervantes en uno de sus dos cuartos principales, y en el otro deña Luisa de Montoya; viuda del célebre cronista Esteban de Garibay, con sus hijos; uno de estos, ayudado de Cervantes, introdujo en casa de su madre al infeliz herido, que espiró en la mañana del 29. Era este un caballero Navarro, del orden de Santiago, llamado don Gaspar de Ezpeleta. Averiguóse judicialmente el caso, y resultó de varios indicios que las heridas y muerte de don Gaspar, cuyo matador no pudo descubrirse, habian provenido por competencia de obsequios y galanteos dirigidos bien á la hija, bien á la sobrina de Cervantes, pues es de advertir que por las declaraciones de testigos que se hicieron en aquella ocasion, consta que tenia entonces en su compañía á su mujer doña Catalina, á su hija natural doña Isabel, soltera, de mas de 20 años, á doña Andrea, su hermana, viuda, á una hija de esta, soltera, de 28 años, llamada doña Constanza de Ovando, y á doña Magdalena de Sotomayor, que tambien se llama su hermana, y era beata, de mas de 40 años de edad. De las declaraciones de estas resulta tambien con evidencia que entonces se ocupaba Cervantes en agencias particulares como un arbitrio para sostener á su numerosa familia. Mientras se declaraba de todo punto el caso, y conforme á la antigua y fielmente conservada práctica de la justicia, Cervantes y toda su familia fueron presos, si bien, poco despues de recibidas las declaraciones, salieron de prision bajo fianza. En 9 de julio entregó Cervantes los vestidos de don Gaspar, que se habian depositado en su poder.»

pacidad de Cervantes para versificar. Así la *ADJUNTA AL PARNASO*, diálogo en prosa que añadió al viaje, se lee con mas gusto que todo él.

Mas hay en este libro un episodio curioso, porque descubre la situación desgraciada de nuestro escritor. Llegados los poetas al Parnaso, Apolo los recibe en un jardín, y señala á cada uno el sitio que le corresponde. Los asientos se ocupan, y no queda ninguno á Cervantes. En vano para lograrle refiere todas sus obras, manifiesta todos sus méritos, y se apoya en la primacia de su talento para inventar. Apolo le aconseja que doble su capa y se sienta sobre ella: mas tan miserable estaba que no la tenia, y tuvo que quedarse en pie á pesar de todos sus merecimientos. ¡Qué ingeniosas son estas quejas de Cervantes, y cuan oprobiosas para su siglo! ¡El desairado é indigente entre los demas poetas que gozaban de crédito y de riquezas! ¡oposición es que verdaderamente escandaliza!

Los protectores de Cervantes fueron pocos y tibios en favorecerle. Ignórase que recibiese nada del personaje á quien dedicó la *Galatea*. El duque de Bejar, cuya protección buscó para la primera parte del *Quijote*, despues de admitir dificultosamente este obsequio alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un fraile cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el carácter de este imbécil en el eclesiástico con quien altercó don *Quijote*: el fraile pues y Cervantes eran incompatibles. Venció el primero; y el duque olvidando al escritor se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia.

Los que mas favorecieron á Cervantes fueron el conde de Lemos y el arzobispo Sandoval, que miraron por su subsistencia y le señalaron pension para vivir. ¡Con que efusion de corazon eternizó él estos favores! pero llegaron cuando era viejo; y por otra parte no le sacaron de pobre. El conde, de cuya pasion decidida á las letras podía esperarse mas, estaba ausente; y tal vez participando de la injusticia del siglo, apreció mas los versos de Arjensola que las invenciones de Cervantes.

Quejábase este á veces de su triste condicion y del misero abandono en que vivia: ¿por qué no murmuró mas bien de la naturaleza, que le concedió el don divino del genio, que le dotó de un carácter integro, amigo de la verdad, de la sencillez y la virtud? No: con estas prendas jamas hombre ninguno se hizo cabida en lo que comunmente se llama el gran mundo. Hubiera él á fuerza de bajezas, de adulaciones y de disimulo obligado á sus contemporáneos á que le perdonasen su superioridad que sobre ellos tenia; hubiera pedido sin vergüenza como sin tasa; hubiérase envilecido delante del poder, llevado alegremente sus impertinencias, sus desaires, su cortés grosería; y entonces.... entonces lo hubiera sido todo ménos Cervantes.

Tenia al fin de su vida acabadas ya ó cerca de concluirse las *SEMANAS DEL JARDIN*, el *BERNARDO*, la segunda parte de la *GALATEA*, y los *TRABAJOS DE PERSILES*. De todas estas obras la que únicamente vió la luz pública fue la última (1), donde Cervantes apuró todo el caudal de su imaginacion en aventuras extraordinarias. Habíase propuesto por modelo la novela del griego *Heliodoro*, y estaba tan contento de su trabajo que dijo abiertamente al conde de Lemos que aquel libro seria el mejor de los de entretenimiento. Extraña preferencia, y mucho mas extraña haciéndose al frente de la continuacion del *Quijote*, su produccion mas acabada. Pero los escritores como los padres suelen tener mas ternura por sus últimos hijos, sin mas motivo que ser los últimos. Falta al *Pérsiles* la primera prenda de la imitacion, que es la verosimilitud: sin ella no son mas que delirios las obras de invencion. Fáltale la unidad, rota con tantos episodios importunos y desiguales; y sin la unidad no hay interes. Fáltale últimamente un fin moral, que es lo que da importancia á semejantes libros.

(1) Publicóla despues de la muerte de Cervantes su viuda doña Catalina, en Madrid, en 1617.

Así el Pársiles ha quedado en la clase de los de entretenimiento puro para las gentes ociosas; y pocos hombres de gusto le leen dos veces. Sin embargo ¡qué verdad en algunas pinturas! ¡qué novedad é interés en el lance de Ruperta! ¡qué belleza de estilo, y que gallardía en la narración!

El libro de Pársiles y Sigismunda estaba concluido en la primavera de 1616, faltándole únicamente el prólogo y la dedicatoria, que Cervantes no había podido componer porque la gravedad de sus males se lo habían impedido. Mas como en su dilatada dolencia, aunque desahuciado ya de los médicos, tuviese algunos ratos de alivio, creyó que lo conseguiría completo con la mudanza de aires, y resolvió el sábado santo 2 de abril, pasar al pueblo de Esquivias en donde vivían los parientes de su esposa. No consiguiendo mejora ninguna, y conociendo al contrario que se le acababa la vida, regresó á Madrid acompañado de dos amigos para que le asistiesen en el camino, en el cual tuvo un encuentro que le dió materia para su prólogo, y por el cual tenemos alguna noticia de la enfermedad que le aquejaba; dice así:

« Sucedió pues, lector amantísimo que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es, no traía mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dijo: ¿Vuestas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su magestad ni mas ni ménos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo qué pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cogin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, *el escritor alegre*, y finalmente *el regocijo de las Musas*. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino, hizolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesia, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese; vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efeméridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. Con esto llegamos á la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volviöseme á ofrecer: picó á su burra, y dejóme tan mal dis-

»puesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. A Dios, gracias: á Dios, donaires: á Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

La enfermedad se fue agravando por momentos y el lunes 18 de abril administraron á Cervantes la extrema-uncion. Entónces esperando á la muerte en la orilla del sepulcro, cuando los demas hombres entregados á una horrorosa incertidumbre, á terrores supersticiosos ó á una filosófica indiferencia lo olvidan todo, ó lo aborrecen todo, Cervantes tenia viva en su memoria la gratitud que debia á su bienhechor el conde de Lemos, y con mano mal segura escribió aquella singular y elocuente carta, obsequio el mas noble y puro que la beneficencia de un grande ha recibido nunca de las letras; carta que, como dice don Vicente de los Rios, es digna de que la tengan presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender, los unos á ser magníficos, y los otros á ser agradecidos. La carta es la siguiente.

«A don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lémos, etc. — Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: Puesto ya el pié en el estribo: quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la extrema-uncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E., que podría ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*; si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas el fin de la Galatea, de quien se está aficionado V. E., y con estas obras continuando mi deseo. Guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.»

Cervantes murió el sábado 23 del dicho mes de abril y año de 1616 á los sesenta y nueve de edad, el mismo dia que la Inglaterra perdió á su inmortal poeta Shakspeare. Sus exequias fueron pobres y oscuras como lo habia sido su vida. Dispuso que se le diese sepultura en la iglesia de las monjas trinitarias; sus huesos se confundieron con los demas cadáveres que en ella se enterraban, y los amantes de las letras españolas, por una negligencia sobrado culpable de sus contemporáneos, no pueden decir *Aquí yacen los restos del autor del Quijote*. En cambio ¡qué de lápidas elegantes y pomposos epitafios no vemos con frecuencia sobre magníficos sepulcros, erigidos á la vanidad y á la ignorancia, y muchas veces á hombres que fueron verdaderos verdugos de su patria!! Pero nada tiene esto de extraño; la sociedad acostumbra premiar ampliamente á los entes mas nulos é idiotas, con las recompensas debidas al valor, á la virtud y al talento, mientras tolera que el filósofo, el hombre pensador viva pobre, desgraciado y miserable con toda su virtud en el seno de la nacion

misma á quien ilustra con su saber; esto aconteció á Cervantes que como patriota honrado derramó ademas su sangre en los combates, para arrastrar despues una existencia miserable entre el desprecio y la persecucion de sus compatriotas.

Estaba, sin embargo, reservado á un hombre protector de las artes y amante de las cosas españolas, al difunto comisario general de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, el pagar en estos últimos años un tributo á la memoria de Cervantes con la ereccion de una magnífica estatua de bronce; la cual se colocó en la plaza de las Córtes en frente del palacio del congreso. El ayuntamiento de Madrid varió el nombre de la calle llamada antes de Francos y la dió el de Cervantes; y encima de la puerta de la casa número 2 de dicha calle, en que vivia el ilustre escritor (1), se ha colocado un medallon con su retrato, para que al ménos sepa la posteridad el sitio donde murió.

Cervantes hizo su mismo retrato en el prólogo de sus *Novelas*, diciendo: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy lijero de piés; este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César caporal, perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra.»

(1) Cervantes vivió en la calle de Leon, esquina á la de Francos, núm. 20, manzana 228, y la calle de Francos ha tomado ya el nombre de Cervantes por tener en ella la entrada de la casa. Cuando en 1633 se trasladaron las monjas trinitarias desde la calle del Humilladero al convento de la calle de Cantarranas (hoy Lope de Vega), trasladaron también á él los huesos de las que habían fallecido desde la fundacion y de cuantos se habían enterado en la iglesia de su residencia primitiva, y es creíble que los restos de Cervantes tuviesen el mismo destino.
-- MARTINEZ DEL ROBERO.

